



DICTADURAS Y EL ARTISTA EN EL EXILIO

Mempo Giardinelli

Working Paper #65 - March 1986

Mempo Giardinelli, Argentine novelist and poet, has been living in exile in Mexico for the past seven years. His Luna Caliente won him the prestigious Premio Nacional de Novela in 1983. Among his best known novels are Toño tuerto rey de ciegos; El cielo con las manos; La revolución en bicicleta and ¿Por qué prohibieron el circo? He is also the author of a book of poems, Invasión, and a collection of short stories, Vidas ejemplares. This paper was given as part of his presentation at the Kellogg Institute on March 1, 1985.

ABSTRACT

This work discusses the political, intellectual, and moral dilemmas which confront the Latin American artist in exile. The author analyzes the contribution which the artist makes to the democratic and cultural renewal of her/his country--in this case, Argentina. Exile is seen as a paradoxical phenomenon in which there is a constant conflict between beneficial and negative aspects. It is an experience conducive to self-marginalization and self-pity. However, it is also an experience which allows the committed artist to widen her/his horizons, gaining a broader perspective on the immense social, political, economic and cultural problems facing Latin America towards which the artist has a moral responsibility. The artist who returns to Argentina (together with other compatriots) does so with a more tolerant, cautious, and integrating vision. At the same time, the artist encounters a rich literature which is capable of challenging and changing the society. Finally, the author emphasizes the rise of a generation of young writers who are making a fundamental contribution to Latin American literature within the context of a fight for democratic and cultural restoration.

RESUMEN

Este trabajo discute los dilemas políticos intelectuales y morales que enfrenta el artista latinoamericano en el exilio y analiza el aporte que el artista presta a la recuperación democrática y cultural de su país--en este caso, la Argentina. Se plantea que el exilio es un fenómeno paradójico en el cual hay un constante conflicto entre aspectos beneficiosos y negativos. Es un campo propicio para la automarginación y la automisericordia. Pero, por otro lado, es una experiencia que permite que el artista comprometido amplie sus horizontes en términos de un mayor entendimiento de los inmensos problemas sociales, políticos, económicos y culturales de América Latina, ante los cuales éste tiene una responsabilidad moral. Se señala que el artista que vuelve a la Argentina (junto a otros compatriotas) lo hace con una visión más tolerante, cautelosa e integradora. A la vez, éste encuentra una literatura rica, capaz de cuestionar la sociedad y mejorarla. Finalmente, se resalta el surgimiento de una generación de escritores jóvenes que están haciendo un aporte fundamental a la literatura latinoamericana dentro del contexto de lucha por la recuperación democrática y cultural.

He pasado casi nueve años en el exilio, en México, y acabo de volver a mi país, Argentina, en esta hora que podemos llamar de recuperación democrática. El exilio, se piensa siempre, es un hecho traumático. Quizá por eso, no siempre permite un correcto entendimiento, e incluso puede dar lugar a confusiones. Además yo desconfío un poco de esa palabra, pues muchas veces detrás de ella hay superficialidad, oportunismos y no pocas falsedades. Prefiero entonces hablar de transterración, de migraciones, que me parecen palabras más precisas.

Hace unos tres años, una revista española me pidió que escribiera una nota sobre el exilio, y ahora quiero repetir algunas cosas que dije: yo lo comparaba con estar encerrado en un túnel ferroviario, en una montaña. Uno ve una luz allá a lo lejos, y cree que es la salida. Se entusiasma. Pero luego resulta que la luz--que crece y crece-- no es la salida. Es un tren que viene hacia nosotros y nos aplasta. O sea, el túnel representa una esperanza y una decepción.

También decía, entonces, que el exilio era por eso mismo una paradoja, en la que la esperanza y la decepción, la espera ansiosa y la desesperación, juegan un doble juego un tanto patético. Porque el exilio, la transterración, es una pérdida y una ganancia. Todo es doble, condenadamente doble. A uno lo han sacado de su ámbito, se ha desarraigado, y la primera reacción que surge es la automarginación. Se vive en la exclusión, en la añoranza, en la nostalgia y en la angustia. Se aprenden dos geografías, dos historias, dos estilos de vida.

Pero uno aprende también que la adaptación es posible. Es necesaria y no implica una renuncia. Aprende que si el exilio parece al principio un morir a plazos, después puede convertirse en un vivir al contado. Porque si todo se vive doble, el exilio puede ser --y es-- una suma, no una resta. Puede ser una ganancia.

Y lo es porque permite un distanciamiento, que es interesante para repensar el país, para reflexionar sobre la propia sociedad de la que se proviene, y para enriquecer los puntos de vista. El exilio puede ser entonces una excelente ocasión para autoconmiseración. Y el autocuestionamiento es permanente porque es forzoso. Y así yo creo que la mirada argentina de las cosas--mirada que Manuel Puig llama crítica y obsesiva por juzgar-- empieza a cambiar.

Hoy podemos decir que los que volvemos, los que estamos regresando al país, tenemos una mirada mejor. La soberbia, la autosuficiencia, cierta pedantería, las falsas creencias casi mesiánicas, racistas, machistas, la intolerancia y el constante desaliento democrático argentino, creo que se empiezan hoy a derrumbar.

Creo que somos mejores personas, que tenemos una mirada más blanda, más suave, más cautelosa. Quiero creer que muchos hemos aprendido la mejor lección que nos pudo dar el conocer el mundo, la migración, el vivir en otras sociedades: la necesaria lección de modestia, de humildad, que necesitaba la Argentina, ese país rico, maravilloso y amado en el cual hemos vivido tan absurdamente atormentados y con tantos desencuentros.

En lo cultural, los que volvemos de la transterración creo que nos reencontramos con un país pujante, capaz de reponerse porque tiene una vieja vocación cultural, y una literatura en particular, rica y capaz de indagar a la sociedad, de cuestionarla, explicarla y mejorarla.

Es cierto también que nos reubicamos en un país cuya cultura fue desde el siglo pasado una cultura de exilios. Y por eso no debemos sorprendernos demasiado de algunos cuestionamientos que se nos hacen y que pretenden dividir a la cultura entre la de "adentro" y la de "afuera". Nuestra primera novela LA NOVA DE HEREJE, de Vicente Fidel López, de 1842 o 1843, se escribió en el exilio, en Chile, EL FACUNDO, de Domingo Faustino Sarmiento, fue obra de exilio, también escrita y publicada en Chile. Innumerables intelectuales del siglo pasado, cuestionables o no, como José Mármol, Eduardo Gutiérrez, Juan Bautista Alberdi y el mismo José Hernández (autor de nuestro poema nacional, el "Martín Fierro") conocieron años de exilio. Y en este siglo fue transterrado también, exiliado en cierto modo, ese uruguayo también nuestro, el creador del cuento latinoamericano moderno, Horacio Quiroga, nuestro Edgar Allan Poe.

No es nuevo, pues, este fenómeno en la Argentina, como no lo es en toda América Latina, tierra de exuberancia, de geografía brutal y de naturaleza exótica y violenta, que ha dado una geografía y una naturaleza humanas también violentas y casi sísmicas.

Además, América Latina sabe de sus autores metidos a chaleco en el oficio de ser conciencia crítica de sus sociedades. Como dice Carlos Fuentes, autores que son comprometidos y forzados por las

circunstancias a ser hombres públicos, diplomáticos, legisladores, estadistas, presidentes, tiranos inclusive. Y es que, como señala Mario Vargas Llosa, dadas las situaciones dolorosas de nuestra América, con sus gigantescos problemas sociales, políticos, económicos y culturales, uno puede desinteresarse y eso es insensato desde un punto de vista práctico; pero es una inmoralidad, desde el punto de vista ético.

Y así hoy vemos a muchos autores sobrepasando la tarea meramente literaria, para incursionar en lo filosófico y lo político. Vemos a García Márquez amigo del general Torrijos y de la Revolución Cubana; a Julio Cortázar en sus últimos veinte años aliado de las causas cubana y nicaragüense; a Mario Vargas Llosa que mañana puede ser presidente del Perú; a Octavio Paz convertido en la visión más inteligente y lúcida de lo que ya algunos llaman la nueva derecha mexicana; a Alejo Carpentier y a Joao Guimarães-Rosa, que fueron escritores diplomáticos; al mismo Juan Rulfo, que vuelve a escribir para dolerse del drama socio-económico de México.

Y en ese contexto, los argentinos que volvemos de la transterración, nos reencontramos con un país destruido cultural y económicamente, que nos exige una participación activa junto a los muchos compatriotas que se quedaron en el país, viviendo eso que Cortázar, Ricardo Piglia y otros hemos llamado el "exilio interior". Todos, aun descoordinadamente, en medio de una crisis agobiante, nos disponemos a la tarea de hacer de la recuperación democrática también una recuperación cultural.

Argentina, que no tenía analfabetos, hoy tiene a casi el diez por ciento de su población sumida en el analfabetismo. Y en algunas provincias, tenemos índices de mortalidad infantil similares a los de Haití, Honduras, Guatemala o Bolivia.

Nadie ha de pensar que lo va a resolver solo. Es una tarea francamente colectiva. Si Argentina irradió durante décadas su cultura, si hoy en Puerto Rico un Luis Rafael Sánchez, y en Perú el citado Vargas Llosa, recuerdan que las editoriales argentinas les llevaban la cultura en los años 20's a los 50's, hoy no tenemos nada para dar. Hay una inmensa, tristísima desolación en nuestra cultura. Nuestros editores están quebrados; cunde en ellos el desaliento; ya no exportamos libros ni revistas. Quiero decir: esta serie atroz de dictaduras y autoritarismo, de intolerancia, antidemocracia y brutalidad, que en los últimos diez años nos enloqueció (hay que decirlo: nos volvió locos a los argentinos) ha logrado, en diez años, lo que a Franco, en España, le costó cuarenta.

Pero, ¿ha terminado esta serie? ¿Se acabó este ciclo trágico? Confieso que no tengo la respuesta que quisiera dar. Tengo sólo una pequeña esperanza, un moderado optimismo. Y la única certeza que poseo es que recuperarnos será una tarea larga, lenta, difícil, plagada de contradicciones y de peligros, y será una tarea colectiva. Ningún intelectual, ninguno de nosotros, podrá, solo, con buenas intenciones, volver a levantar la cultura argentina, capaz ahora de armonizarse con el resto de América Latina, a la que siempre pertenecemos y que sólo un espejismo europeizante hizo creer a algunos que no era ni necesario ni posible.

Y ya que estoy con ustedes, norteamericanos, quisiera hacer una breve reflexión adicional sobre las posibles vinculaciones que tenemos, que debemos tener, que muchos querríamos tener. Carlos Fuentes, que es uno de los latinoamericanos que mejor los conoce a ustedes, lo ha señalado muy bien. También lo ha hecho ese chileno inteligente que es Jaime Valdivieso. Hubo aquí un origen puritano, protestante, un individualismo ordenador. Hubo allá, en nuestra América Latina, un origen católico, feudal, individualista caótico. Y yo pienso ahora que vuestra cultura se hizo en base a una conquista territorial detrás de la cual iba el ferrocarril, el capital emprendedor, la ambición de grandeza. Mientras que nosotros, en la Argentina por ejemplo, hicimos la conquista del desierto, de la inmensa estepa patagónica, sólo para erigir oligarquías terratenientes acaparadoras y estériles, y sin ferrocarril y a pura matanza de indios. Es paradójico: ustedes hicieron un genocidio que alentó un progreso, mientras que nuestros señores feudales, nuestros estadistas de la oligarquía, mientras los envidiaban a ustedes hacían un genocidio estéril. Y no estoy diciendo, claro, que haya un genocidio mejor que el otro; digo que deben ustedes empezar a comprender mejor nuestro propio origen, para comprender muchas cosas que no entienden, si es que de veras quieren ser, en el futuro, nuestros amigos.

Nuestra historia es diferente, y a mí me parece que es algo que a la hora de los juicios no se comprende a cabalidad. Aquí, por ejemplo, se sabe que George Washington fue bueno; que Abraham Lincoln lo fue. Y ustedes no tienen dudas de ello, y cerraron esos

capítulos y viven en paz. Pero allá estamos todavía discutiendo a Sarmiento, si fue un prócer o un canalla; estamos todavía divididos por las figuras de los generales Lavalle y Dorrego (uno, trágicamente, mandó fusilar al otro, en 1828). Y la figura de Juan Manuel de Rosas, fijense, para medio país es un tirano indigno, mientras que para el otro medio es el padre de la soberanía nacional. Y lo cierto, lo patético, es que su cadáver aún no puede descansar en nuestro territorio y sigue en Southampton, Inglaterra.

¿Cómo no entender, entonces, que Argentina siga hoy dividida por figuras más recientes, como el general Juan Perón? Y eso pasa también en Brasil, con Getulio Vargas. Y pasa en Perú con Raúl Haya de la Torre. Y pasa en México, donde aún quedan nostálgicos de Porfirio Díaz, en el mismo México donde todo un pueblo se empeña en venerar al conquistado en lugar de al conquistador, y por eso, como dice Carlos Fuentes, no hay estatuas de Hernán Cortés, aunque fue Cortés el que trajo la lengua que hablamos.

Parece difícil comprender todo esto, esta complejidad latinoamericana. Pero es que, saben ustedes, en América Latina llevamos demasiados siglos de dominación, de colonialismo, de desencuentros y de piraterías. Estamos francamente escaldados.

Pero no crean ustedes que yo quiero despertar con esto una visión de lástima, o una mirada compasiva. Pretendo humildemente que nos conozcan, porque sólo así nos van a entender. Pretendo que ya no nos juzguen, pues sólo así nos vamos a entender. No nos juzguen, conózanos.

Y en el campo de la cultura, en la literatura específicamente, sería bueno e importante que también fueran ustedes abandonando cierta visión folklórica que tienen de nosotros, y que desdichadamente algunos escritores latinoamericanos siguen alimentando.

Yo creo que ya va siendo hora de terminar con la literatura "for export"; debiera ser un compromiso para nosotros mismos, y ustedes debieran no esperarla más. La literatura de lo real-maravilloso, del realismo mágico, nos ha hecho mucho bien porque llamó la atención del mundo sobre las letras hispanoamericanas. Pero también nos dejó el riesgo de que hoy muchos nos miren con prejuicios y esperando una reiteración. Quiero decir: ya tenemos que acabar con cierta literatura que muchos de ustedes esperan de nosotros; y ustedes deberían dejar de ocuparse de esos lugares comunes que tanto y ya tan inútilmente se estudian en muchísimas universidades norteamericanas. Me refiero a esa literatura que mete cuatro indios, una bruja, alguien que vuela, culebras mágicas, dictadores de opereta y lluvias que duran cincuenta años junto a dioses aztecas, mayas o incaicos. Quiero decir que eso sí es América Latina, pero que no es eso solamente. Y claro, ustedes no tienen toda la culpa, porque también nuestros escritores deberían dejar de responder a ese modelo, a esas expectativas que ustedes ayudan a fortalecer.

Por esto es que me vengo permitiendo, en estas charlas que doy en distintas universidades norteamericanas, ante profesores y alumnos como ustedes, la exhortación de que ya no nos sigan estudiando desde esa óptica. Y basta, por favor, de seguir ocupándose de seis o diez monstruos sagrados de nuestras letras

hispanoamericanas. No sigan dando vueltas sobre lo mismo, publicando ensayos y más ensayos, críticas y más críticas, sobre lo onírico en Rulfo, sobre lo mágico en García Márquez, sobre lo fantástico en Borges, sobre el dictador de tal o cual autor, siempre lo mismo. Ya está todo dicho; se están atrasando ustedes en varios lustros.

Han pasado ya 25 años desde el llamado "boom" de la literatura latinoamericana. (Que, por otra parte, no fue el primer boom sino el segundo, pues hubo otro en los años 20 con "Don Segundo Sombra", con "Doña Barbara" de Rómulo Gallegos, con "La vorágine de José Eustacio Rivera, con "Los de Abajo" de Mariano Azuela, en los mismos años en que la literatura universal recibía a Kafka, a Joyce, a Proust, sólo que entonces no hubo el aparato editorial, comercial y publicitario de los 60's).

Han pasado 25 años y yo creo que ustedes deben darse cuenta, pues en estos 25 años sucedieron muchas cosas y hay ya otra generación de escritores, y hay otras preocupaciones. Y conste que no digo esto con ánimo de encabezar un parricidio literario, pues a la generación del llamado "boom", a esos maestros, les debemos muchísimo. Lo que digo es que las cosas han cambiado y que ustedes, norteamericanos, para entender nuestra cultura, hoy, deben también mirar lo que es la literatura joven.

¿Y qué es lo nuevo en nuestra literatura, hoy? Yo creo que no es posible señalar una sola línea, sino varias. Entre ellas, la importancia del exilio sobre nosotros; también, el clima cada vez más brutal, violento, que hemos vivido; el hecho de que mi generación --yo

mismo, por ejemplo-- hemos vivido el 70 o el 80 por ciento de nuestras vidas bajo estado de sitio, en medio de la tortura, y familiarizados con la muerte y con ese eufemismo que se llama "desapariciones" y con exilios interiores.

Todo esto, me parece, ha dado literaturas fronterizas. Fronteridad en el sentido de límite, de exigencia mayor, de vida o de muerte. Y también fronteridad en el sentido de transterración, de migración.

Hoy en Argentina, estos dos sentidos de la fronteridad son evidentes. Fíjense ustedes que cuando en muchos países se piensa en la literatura argentina, y estoy seguro de que les pasa a ustedes, se piensa inmediatamente en Borges, Sábato y Cortázar; se piensa en tango, mate y obelisco; se piensa en compadritos orilleros, en rufianes y cuchilleros; en la calle Corrientes, la nostalgia, el argentino triste. Pueden pensar, también, en Lugones, Arlt, Girondo, Jujica Láinez, Victoria Ocampo, Bioy Casares.

Piensan en Buenos Aires. Y sin embargo, hoy, la literatura argentina más pujante, sea de transterrados o no, me parece a mí que está en o viene del interior; desde las fronteras o en las fronteras. Hector Tizón en Jujuy; Daniel Moyano en la Rioja; Antonio Di Benedetto en Mendoza, Antonio Dal Masetto es patagónico; Tomás Eloy Martínez es tucumano; Osvaldo Soriano es de Tandil; Juan Carlos Martini es de Rosario; incluso Jorge Asís se ocupa de marginados y lumpens del sur de Buenos Aires. Martha Mercader y María Esther de Miguel, con sus novelas históricas, ubican sus personajes en el interior del país. Y

quien aquí les habla es empecinadamente del Chaco, frontera con Paraguay.

¿No es ésta una materia para estudiar? Me parece que sí. Y además también los códigos han cambiado. No abdicamos del realismo mágico, pero creo que hay ahora un realismo más crítico, más contemporáneo. Hay otras fantasías y otras mentiras (Rulfo dice que la literatura es mentira, aunque no falsedad). Hay otras formas de mentir con fundamento, con una nueva creatividad en la que ingresan nuevas y diferentes costumbres, una ironía más triste, mucha muerte real, palpable y dolorosamente cercana, una violencia real y para nada invención literaria, que ha superado la capacidad de cualquier ficcionista. Entra también en nosotros lo policiaco, que llamamos "negro" porque permite el abordaje de la parte más sórdida, la más infame, lo demencial de nuestras sociedades, utilizando un código popular, accesible y arraigado.

Y tenemos, para contar todo esto, otros códigos, otras búsquedas, que pueden ser más o menos experimentales, o testimoniales, quizá más de emergencia, con mucho rigor escritural y sin duda sin la vena humorística que permitió describir por ejemplo la figura del dictador latinoamericano a Miguel Angel Asturias y a otros maestros, entre los años 40's y 60's. Quiero ser muy preciso: no estoy procurando establecer una comparación absurda entre una generación y otra, sino que estoy tratando de delinear a mi propia generación, que debe entenderse que es hija de otra realidad. Ahora nuestros dictadores no son exóticos ni excéntricos; no son violentos irracionales, arbitrarios y hasta simpáticos. Los dictadores de

nuestra generación son asesinos fríos y sofisticados, son inteligentes y tienen ideología, son educados y saben hablar en público; y están más interesados en una victoria ideológica sobre la libertad, que en amasar fortunas personales y andar detrás de las mulatas (aunque también les gustan las mulatas y también son corruptos).

Finalmente, ahora que el exilio ha terminado para muchos de nosotros, latinoamericanos; ahora que en Argentina tenemos restablecida la democracia, quiero hacer una última reflexión: no crean ustedes que tengo una visión idílica de mi país ni de su literatura. Es verdad que en casi un año y medio de gobierno democrático no ha habido crímenes ni desaparecidos; es verdad que allá vivimos ahora el más completo clima de libertades públicas, de libertades cívicas, de libertad creativa. Y es verdad que hay todavía bastante memoria de nuestra tragedia nacional y del espanto que nos hizo vivir una oligarquía infame.

Pero también es verdad que el pueblo argentino está herido. Mi país está lastimado, dolorido, con muchas muertes que nos pesan demasiado, con una guerra perdida, con una situación económica pavorosa, con una deuda externa que no podemos pagar, que es imposible pagar y que no se va a pagar. Y con la misma vieja oligarquía que conspira por necia y por retrógrada, y con los mismos militares, que conspiran por oficio.

Es muy difícil la situación. Pero éste es el turno que nos toca, y ésta es la ocasión de sobrevivir y recuperarnos que nos fue asignada. Lo diré brutalmente, pero como honestamente lo siento: o la Argentina vuelve a ser un país democrático y aprende a darse a sí

mismo una cultura política para la convivencia, el crecimiento con justicia social en serio, y una justa autovaloración, y eso contra viento y marea (entiéndase, a pesar de oligarcas y militares); o el país se hundirá en el espanto de la disgregación y el caos.

Ojalá ustedes, norteamericanos, lo comprendan y nos ayuden, forzando a vuestro gobierno a que nunca más --repito: nunca más-- se avale, impulse o apadrine un golpe de estado. Ustedes, vuestros gobiernos, deberán convencerse de que no hay dictadura buena y de que el más censurable de los gobiernos democráticos es mejor que la mejor de las dictaduras.

Ustedes, vuestros gobiernos, norteamericanos, han tenido mucho que ver en todo lo que nos pasó. Desde la para nosotros desdichada Doctrina Monroe, que es de 1823, les cabe a ustedes una gran responsabilidad. No se golpeen el pecho; no se sientan culpables ahora, que no es culpabilidad lo que esperamos de ustedes. Simplemente conózcanos sin prejuicios. Estudiemos para entender. No nos juzguen más. Sólo así nos entenderemos mejor y, quizá, nos estarán ayudando y podrán cambiar en ustedes mismos esa imagen que saben que tienen para nosotros y que a ustedes mismos no les agrada.

